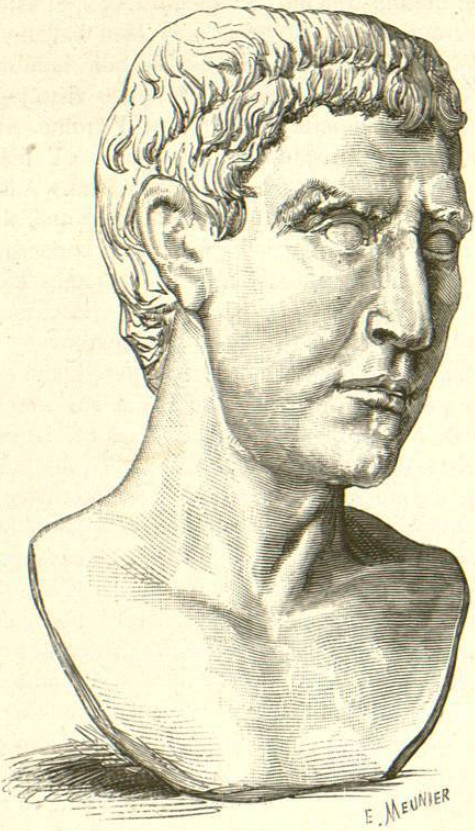


En política esta sabiduría engendraba descontentos que murmuraban de Nerón; pero no hacía hombres de acción ni de buen consejo (1). Así pues los estoicos dejarán que los tiranos sigan viviendo en su inicuo desenfreno y crearán haber hecho bastante con mostrarse impasibles en los tormentos y lanzar al lictor ó á la fortuna adversa las palabras de Séneca: «Contra los ultrajes de la vida tengo el recurso de la muerte.»

Pero el verdadero valor es permanecer en el campo de batalla, es continuar la lucha, pugnar, combatir siempre, y no ir á sentarse aparte y con mucho sosiego, aunque con la intención de morir bien, cuando no se permita vivir. Si los estoicos no se hubieran pagado de su ociosa virtud, si no se hubieran reducido á la resignación pasiva, acaso habrían despertado el espíritu público é impedido que el



Corbulón (2)

senado diera el vergonzoso espectáculo de la peor degradación en que jamás haya caído una asamblea política. El tumulto armado por el pueblo en favor de Octavia y contra Popea prueba que no estaba perdido todo sentimiento honrado, aun en el seno del populacho romano, y que todavía quedaba algo en que pudiera apoyarse el hombre de corazón y voluntad resuelta.

Por este lado, es decir por su doctrina de aislamiento ó abstención, el estoicismo, tan romano en otros conceptos, era lo más contrario al espíritu de la antigua Roma, donde durante seis siglos, la palabra virtud significa abnegación al Estado. Hay que recordar que ya en la decadencia de la república, la secta de Epicuro desviaba al sabio del cuida-

(1) Séneca (*de Clem.* II, 5) procura defender la doctrina estoica de *sex minime principibus regibusque bonum daturum consilium*. Tigellino representaba á Nerón... *Stoicorum arrogantia que turbidos et negotiorum appetentes faciat* (Tác. *Ann.* XIV, 57).

(2) Busto del museo del Louvre, encontrado en Gabias, en un edificio consagrado á los mayores de la emperatriz Domicia Longina, mujer de Domiciano é hija de Corbulón.

do de los negocios comunes: las dos escuelas que más influyeron en el ánimo de los romanos del imperio, lejos de poner obstáculos á la tiranía, aun le daban más alientos en sus violencias y atropellos; la una con su indiferencia, la otra con su resignación; de modo que el despotismo imperial no estuvo más contenido por las ideas que lo estaba por las instituciones.

Por otra parte, se ha de recordar también que este despotismo no había sido insostenible hasta entonces sino á los miembros de la aristocracia senatorial. Fuera de Roma, en Italia y en las provincias, jamás se había oído hablar de conjuraciones ni aun de oposición al régimen imperial, ni se notaba en ninguna parte el más ligero indicio que pudiera interpretarse por deseo de cambios políticos.

No es maravilla tampoco: los pueblos y las ciudades habían encontrado, en interés mismo del príncipe, garantías formales casi siempre contra los excesos de los gobernadores, y en sus libertades municipales toda la independencia que necesitaban para la gestión de sus negocios y hasta para la satisfacción de su vanidad.

## V. - VÍNDICE.

Pero ahora va á añadir Nerón á sus crímenes grandes faltas ó imprudencias inquietando á los que había respetado hasta aquí. Embriagado de poder, por el abuso mismo que de él hacía, creyó inquebrantable su omnimoda soberanía y entonces atropelló por todo. Deprimió á los generales de más pundonor y nombró sometiéndolos al indecoro de dar cuenta de su conducta á sus libertos, viles esclavos ayer y viles libertos hoy, y separó de los ejércitos á caudillos queridos de los soldados, por haber luchado y vencido bajo su mando y conducta. Suetonio Paulino, el vencedor de moros y bretones, cayó en desgracia del príncipe, y Plaucio Silvano, el hábil gobernador de la Mesia, fué olvidado en el favor y en la justicia. Dos hermanos de la antigua familia Escribonia, Rufo y Próculo, mandaban los ejércitos de las dos Germanias; y llamados con pretexto de haber de tratar con el mismo emperador sobre negocios de interés de sus respectivas provincias, encontraron en el camino la orden de darse la muerte. Igual suerte tuvo el mejor capitán de aquel tiempo: Domicio Corbulón. Atraído á Grecia, apenas hubo saltado en tierra en el puerto de Ceneas, cuando los siniestros ejecutores de los odios imperiales lo rodearon. Corbulón se traspasó con su espada diciendo: «Bien lo he merecido.» ¿Era el pesar de haber servido á tal hombre ó de no haberlo derribado (3)?

Cuando los generales vieron la suerte que se había reservado á los más ilustres de ellos, todos se sintieron amenazados, y algunos, como Galba, se prepararon viendo venir una crisis inevitable y próxima.

Nerón se enajenaba así las voluntades de los soldados y de los provinciales. Los ejércitos eran ocasión de gastos, y las provincias medios de ingresos; para mantener en sus rentas el equilibrio roto por sus prodigalidades, Nerón no pagaba ya á los unos y recargaba á las otras; Dion afirma que hasta llegó á suspender la distribución de trigo en Roma, y hemos visto que la sublevación de la Bretaña había

(3) Fué acusado por uno de sus oficiales, Arrio Varo (Tácito, *Hist.* III, 6). Dion (LXII, 19) dice que muchos estaban dispuestos á proclamarlo emperador, y Suetonio (*Nero*, 36) añade que Anio Viniciano, yerno de Corbulón, fué el jefe de una conspiración, preparada y descubierta en Benevento. Aurelio Víctor (*de Cesar*, 5) habla también de muchas conjuraciones... Pero hay que reconocer que no se sabe nada de la conjuración de Viniciano, ni qué relación pudo tener con la muerte de Corbulón.

reconocido por causa el establecimiento de recargos insostenibles. A los productos del impuesto añadió otros provechos: ya en otro lugar me hice cargo de sus exacciones después del incendio de Roma; y con el tiempo encontrará nuevos recursos. Hizo el negocio á medias con los concusionarios, permitió el pillaje á condición de tomar su parte y no confirió un cargo sin prevenir: «Ya sabes lo que necesito.» O bien: «Hagamos de modo que no les quede nada.»

Como destituyó á los generales más queridos de los soldados, separó á los gobernadores bienquistos en sus provincias, por ejemplo, á Barea Sorano, aquel procónsul de Asia, que pereció el 65 víctima de su integridad, de sus talentos y de la estimación que merecía entre las gentes de Pérgamo y de Efeso. Suelen ponerse las revoluciones á cuenta de la movilidad popular. ¡Cuántas veces han abonado los gobiernos con sus propias manos el abismo en que se han hundido!

Otra causa de ruina para las provincias hubieran sido los viajes de la corte, porque Nerón no se ponía nunca en camino, sino con un séquito de mil carros. A dicha no salió de Italia más que una vez, que fué algún tiempo después de la llegada de Tiridates á Roma. Este príncipe traía consigo á sus hijos, á los de sus hermanos Vologeso y Pacoro, y á su mujer, que para ocultar sus facciones, llevaba en lugar de un velo un casco de oro. Tres mil jinetes partos y una numerosa escolta romana le daban un ejército por cortejo.

Así atravesó el Asia, la Tracia, la Grecia y la Iliria, prolongando el viaje por el temor supersticioso que le causaba la mar (1) y arruinando de pasada á las ciudades á las cuales costaba en un día las rentas de muchos años el honor de ver dentro de sus muros á un rey de la Armenia.

Entró en Italia rodeando el Adriático y llegó á Nápoles, adonde lo esperaba Nerón, y ya en su presencia, hincó la rodilla en tierra. Y he aquí un rasgo de suspicaz previsión, que recuerda cierta costumbre de la Edad media: no se había exigido que para la entrevista depusiera el Arsácide su espada, pero se fijó la hoja á la vaina con un clavo.

Después hubo en Nápoles y en Puzolo grandes fiestas y juegos, en los cuales dió pruebas Tiridates de su destreza en el manejo del arco (2).

Importábale mucho á Nerón presentar á los romanos en la condición de vasallo al hijo del que llamaban rey de los reyes, y volvió á Roma con su huésped. Los pretorianos formaron alrededor del Foro; Nerón fué á sentarse á los Rostros en una silla curul, vestido con la púrpura triunfal y rodeado de águilas ó estandartes militares. Tiridates subió las gradas del estrado y se puso de rodillas á los pies de Nerón, el cual le quitó la tiara y le ciñó la diadema, mientras un antiguo pretor explicaba al pueblo, traduciendo del armenio al latín, las palabras del rey extranjero.

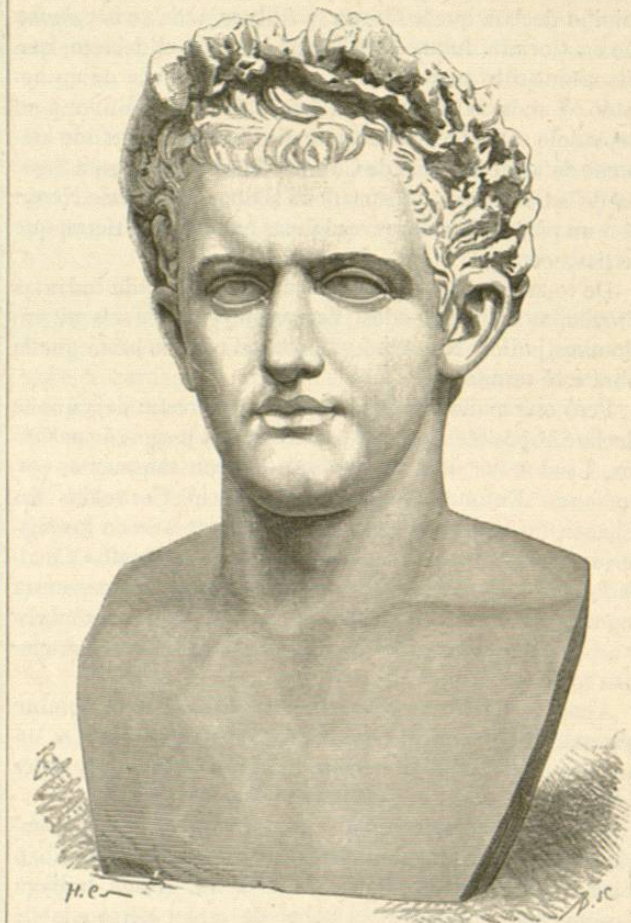
Después se le condujo al teatro, donde la multitud saludó á Nerón con el título de *imperator*. Como después de una grande y decisiva victoria, el emperador llevó al Capitolio una corona de laurel y cerró el templo de Jano (66).

Semejante fiesta, de bélico aparato, aunque pacífica de suyo, hubo de despertar en el ánimo de Nerón sus sueños de gloria y de conquista; sino que vacilaba entre una expe-

(1) Según la doctrina de los magos, el agua salada es impura (Plinio, *Hist. nat.* XXX, 17). Sin embargo, volvió por Brindis á Dirraquio.

(2) Suetonio (*Nero*, 30) dice que el gasto diario ascendía á 800,000 sesteracios, lo que monta en total para todo el viaje de ida y vuelta, que duró nueve meses, unos 200 millones de sesteracios. Pero Nerón le hizo un donativo de cien millones de sesteracios, según Suetonio; de cincuenta millones de dracmas, según Dion.

dición á Etiopía, donde hubiera buscado las fuentes del Nilo desconocidas entonces, una guerra contra los partos para rivalizar con Alejandro ó contra los albanes para forzar los pasos del Cáucaso que ningún general griego ni romano había hasta la fecha pasado. Así atormentaba aquella imaginación extraviada por haber sido siempre satisfecha y aquel espíritu ávido siempre de lo maravilloso, porque no esperaba ya sensaciones nuevas sino en lo desconocido ó imposible (3). En otro tiempo había creído en los inmensos tesoros de Dido enterrados en Africa, y había revuelto el suelo de la provincia en su afán de dar con ellos. Estudiaba la magia con pasión; y cuando Tiridates llegó con sus caldeos, le interrogó sobre todos sus secretos. No en-



Nerón coronado. (Busto del museo del Louvre)

contrando más que el vacío y la nada, se dió á pensar en las grandes obras que la mano del hombre puede realizar. Querrá cortar desde luego el istmo de Corinto y ahora se pregunta cuál de los extremos del mundo, bajo el fuego de Sirio ó los hielos de la Osa, verá sus águilas victoriosas. Ya han partido sus espías á reconocer el Cáucaso y dos centuriones han penetrado hasta inaccesibles rocas, desde las cuales se precipita el Nilo á pantanos inexplorables.

En cuanto á él, si aun permanece en Roma, es para organizar sus ejércitos: las legiones de Iliria, de Germania y Bretaña, suministrarán cuerpos escogidos. Italia misma se despierta al ruido de este ardor guerrero y da á su emperador una legión cuyos soldados tienen todos seis pies de talla: Nerón la llama «la falange de Alejandro Magno.»

Y parte, mas por de pronto el ejército que lo sigue no lleva el *pilum* ni el escudo: la lira ha sustituido á la espada y los cascos son máscaras teatrales. Es un ejército de bai-

(3) *Incredibilium cupitor* (Tácito, *Ann.* XV, 42).

larines, de histriones, que acompaña á su corifeo á la Grecia, porque la Grecia va á ser el teatro de sus hazañas. Allí, aparece en todos los juegos; canta al son de su lira; conduce carros (67). En medio del estadio de Olimpia rueda la majestad imperial por los suelos, porque se cae Nerón como un simple carretero. ¿Qué importa? Los griegos no le regatean aplausos ni triunfos. Se le conceden mil ochocientas coronas y se derriban ante él las estatuas de los antiguos vencedores. Él mismo derriba á veces á sus competidores: en Corinto se atreve un desdichado actor á disputarle la atención pública y el premio del canto, y lo hace estrangular en el mismo teatro.

Estas victorias en el pueblo del arte y del buen gusto lo hacen tan feliz que quiere pagarlas regiamente, y como Flaminio declara que la Grecia será libre, y con su voz divina lee en Corinto durante los juegos ístmicos el decreto, que Flaminio á lo menos hacía proclamar por voz de un heraldo. Y todavía promete un beneficio más positivo; y no dejándolo para luego, acomete sin demora la grande empresa de abrir el istmo de Corinto. Sus pretorianos, á la señal de la trompeta, ponen manos á la obra, y el mismo Nerón con un pico de oro remueve algunas paletadas de tierra, que se lleva consigo.

De todas las islas acuden los desterrados, y de todas las provincias los condenados: Vespasiano le envía seis mil prisioneros judíos. No habrá ya pena de muerte hasta que la obra esté terminada (1).

Pero esta actividad útil lo cansa muy presto: deja que se declare imposible el canal, y vuelve á sus juegos, á sus fiestas, á todos sus devaneos, mezclados con sangrientas ejecuciones. Entonces fué cuando pereció Corbulón. En Eleusis, no se atrevió el parricida á presentarse en los misterios, de los que rechazaba el heraldo á los impíos y malvados. La Pitonisa debió de darle también alguna respuesta ingrata, por cuanto en Delfos hizo matar á algunos hombres y arrojar sus cadáveres á la abertura por donde se escapaban los vapores proféticos.

Apolo se dió buena prisa en reconciliarse con un hombre que tan poco respetaba los fueros de su divinidad, y un oráculo que halagaba los votos del príncipe hubo de valer á la Pitia un donativo de cien mil dracmas (2).

Había entonces, como en todos tiempos, hombres impíos y crédulos, que alternativamente escupían y adoraban á sus dioses. Escéptico y devoto á la vez, Nerón hubiera desempeñado al natural el papel de aquel personaje de comedia que hace componer su máquina de truenos en casa del hojalatero de la vecindad y luego tiembla de espanto al sordo rumor de la máquina compuesta. Sus sacrificios en los templos no le impedían saquearlos luego. De Delfos sacó quinientas estatuas; muchas otras de Olimpia y obligó á los tespios á abandonar el Eros de Praxíteles: para reparar las pérdidas de objetos de arte causadas por el incendio del 64, renovó las expoliaciones de los primeros conquistadores de la Grecia.

Entre tanto uno de sus libertos le escribía de Roma á menudo diciéndole que los negocios públicos exigían imperiosamente su presencia en la capital. «Has de persuadirte sobre todo, le contestaba el príncipe, que no debo volver sino digno de Nerón.»

A su vuelta entró en Nápoles, teatro de sus primeras hazañas, en un carro tirado por caballos blancos, y según

(1) Así, á lo menos, lo decidió para su cana de Miseno á Roma, que atraesando las lagunas Pontinas hubiera hecho perecer á casi todos los operarios.

(2) Pausanias, X, 7, y V, 26.

el privilegio de los vencedores en los juegos sagrados, por una brecha practicada en la muralla. Lo mismo entró en Ancio, en Albano, en Roma. Los romanos lo vieron llegar en el carro que había servido para el triunfo de Augusto, con su túnica de púrpura, su clámide sembrada de estrellas de oro, su corona olímpica en la frente y la de los juegos píticos en la mano derecha. Las demás coronas, hasta mil ochocientas, eran de ostentación y las llevaban delante de su carro con inscripciones que decían minuciosamente «dónde las había ganado, contra quién, en qué empeño ó contienda, etc., etc.»

Detrás del carro se apiñaba una multitud asalariada con encargo de aplaudir y gritar, como en las ovaciones, «que eran los compañeros de su gloria y los soldados de su triunfo» Se demolió luego un arco del Circo máximo, y Nerón se dirigió, por el Velabro y el Foro, hacia el monte Palatino y el templo de Apolo. Por donde quiera se inmortalaban víctimas á su paso, se derramaba en las calles polvo de azafrán y se arrojaban pájaros, cintas, flores y golosinas.

Colgó después las sagradas coronas en sus aposentos íntimos, sobre todo en los dormitorios, alrededor de las camas, llenó sus habitaciones de estatuas que lo representaban como músico y mandó acuñar una medalla en que se le veía en este traje. Para conservar su voz no hablaba á los soldados sino por órgano de otro, y siempre llevaba á la zaga ó á su lado al maestro de canto, que le advertía que no fatigara el pecho, que reservara la voz y se tapara la boca con un pañuelo (3).

El liberto que le escribía instándole para que apresurara su vuelta á Roma, veía las cosas bien: el imperio estaba cansado de obedecer á un mal cantor, como llamaba Vindice á Nerón; y era menester estar ciegos para no echar de ver que una sorda fermentación agitaba los ánimos, así en los ejércitos como en las provincias. Los judíos estaban en abierta insurrección y había sido preciso enviar grandes fuerzas contra ellos. Los países de lengua griega, hechos desde larga fecha al despotismo y acostumbrados á respetar en silencio las extravagancias de sus reyes, no daban ninguna señal de descontento: la libertad dada últimamente á la Acaya, les parecía una largueza de buen augurio; Plutarco, aun después de medio siglo, hablaba de ello con gratitud. Nerón, cantor y músico, amigo de los histriones y de los atletas, poeta y auriga de estadio, les gustaba más que un príncipe triste, económico y severo.

Pero en todo el Occidente, donde no reinaban los recuerdos mitológicos ni las costumbres de la Grecia, sólo había desprecio para el imperial histrión, á quien muchos acaso se lo habrían perdonado todo, menos renegar de los usos y costumbres nacionales. Si la gravedad romana temporizaba con el vicio y el crimen, á lo menos quería ser oficialmente respetada. En la Lusitania el antiguo marido de Popea, Otón, esperaba hacía diez años, el momento oportuno de vengarse; el gobernador de la Bética escuchaba las exhortaciones de Apolonio contra el enemigo de los filósofos, y en la Tarraconense, el viejo Galba, pariente de Livia, se hacía popular molestando en sus exacciones á los administradores del fisco. En su cohorte pretoriana se hablaba en alta voz del senado y de la república, y él, que había rehusado el imperio después de la muerte de Calígula, veintiséis años antes, más audaz á medida que avanzando en edad, tenía menos que perder, recogía oráculos sobre un emperador que debía salir de España, reunía cuidadosamente los retratos de los senadores asesina-

(3) Suetonio, Nero, 25.

nados por Nerón y mantenía secretas relaciones con los desterrados de las Baleares.

En las Galias, un nuevo censo y los donativos exigidos para la reedificación de Roma habían producido viva irritación. Estas provincias tan inmediatas á Italia casi veían y oían las saturnales cuyo teatro era Roma, y eran demasiado recientes en la civilización romana, demasiado galas aún para no avergonzarse de los vicios infames que ostentaba Nerón impunemente á orillas del Tíber. Curiosos también de noticias, no carecían de intermediarios que iban á contarles las vergonzosas escenas de la Casa de oro y de los juegos neronianos. Y estos les decían: «Hemos visto por nuestros ojos al emperador en el teatro, en la escena misma, mezclado con los histriones, con la cítara y el coturno, con el borceguí y la máscara. Lo hemos visto agarrotado, cargado de cadenas, agitado por los furores de Orestes, ó bien dando los gritos de Canace en los dolores del parto.» A estas noticias, hervía en los pechos la savia bárbara y se indignaban los ánimos de obedecer á un príncipe medio mujer y medio bailarín.

Uno de los que habían llevado de Roma desprecio mayor y mayor cólera era el aquitano Julio Vindex ó Vindice, de sangre real, y á la sazón gobernador de la Lugdunense. Vindice se espontaneó con los nobles de los secuanos, de los eduos y arvernos y los decidió á levantarse en armas contra Nerón. Si en estos conciliábulos se habló mucho de los vicios del emperador, algunos sin duda hablaron también de los inconvenientes del imperio, expresándose en el sentido de una separación que un año después había entrado en muchos espíritus. A pesar de su origen galo, era Vindice demasiado romano para concebir otra cosa que un cambio de príncipe ó de gobierno. Y toda su conducta lo demuestra así, habiendo hecho jurar á los que lo seguían fidelidad al senado y al pueblo romano. Pero, á buen seguro, no habría encontrado tantos galos decididos á la lucha, si al odio á Nerón no se hubieran añadido en el fondo de muchos corazones secretas esperanzas. La batalla de Vesontio, donde los dos ejércitos, galo y romano, vinieron á las manos con tanto encarnizamiento, prueba que Vindice, buen ó mal grado, era el jefe de un movimiento nacional, en que las legiones de Verginio Rufo, compuestas todas de romanos, hubieron de creer que exterminaban rebeldes al imperio al pasar al filo de la espada veinte mil galos.

Antes de iniciar su empresa había escrito Vindice á varios gobernadores de las provincias occidentales solicitando su concurso, entre otros á Galba, que no contestó, pero se hizo cómplice de la rebelión con no entregar los despachos á Nerón, como los otros gobernadores. Así, cuando Vindice hubo reunido un numeroso ejército de voluntarios, se dirigió segunda vez á Galba. «Ven, le decía, aun es tiempo; ven á dar un caudillo á este poderoso cuerpo de galos. Tenemos ya en pie de guerra cien mil hombres, y todavía reuniremos más.»

Galba recibió esta carta en Cartagena y al mismo tiempo un mensaje del gobernador de Aquitania que lo llamaba contra los galos. Con esto, no vaciló ya, y tanto menos cuanto que á dicha hubo de interceptar una orden de Nerón á sus procuradores para que le dieran muerte (2 abril 68). Luego al punto levantó una legión en su provincia, se formó una especie de senado, una guardia de caballeros y envió á todas partes proclamas contra el enemigo común. Otón, gobernador de la Lusitania, le dió su rica vajilla de oro y plata para acuñar moneda.

«Nerón estaba en Nápoles cuando supo la sublevación de las Galias, el mismo día aniversario de la muerte de su

madre (19 marzo 68); y recibió la grave noticia con tanta indiferencia, que se sospechó que anhelaba la ocasión de despojar, por el derecho de la guerra, las más ricas provincias del imperio. Fué al gimnasio, vió luchar á los atletas y tomó el mayor interés en sus ejercicios. Durante la cena, le llevaron despachos todavía más ingratos, y entonces ya se enfureció contra los rebeldes, prorrumpiendo en improperios y rencorosas amenazas.

»Sin embargo, dejó pasar ocho días sin contestar á un despacho ni transmitir una orden, ni tomar disposición ninguna. No sino parecía que había perdido la memoria, pues ni siquiera volvió á hablar de tan grave acontecimiento.

»Turbado al fin por las frecuentes é injuriosas proclamas de Vindice, escribió al senado exhortándolo á vengar al emperador y á la república, excusándose de no ir personalmente á la curia por impedírselo una indisposición de garganta. Con ser tantos y tan crudos los vituperios y ultrajes que se le hacían en las proclamas, ninguno le llegaba tan á lo vivo como la desdeñosa y chusca ocurrencia de llamarlo mal cantor. En cuanto á las demás imputaciones, decía, su falsedad estaba demostrada por el injusto reproche que le dirigía de ignorar un arte que había cultivado con tanto ardor y éxito. Y andaba de aquí para allá preguntando si se conocía mejor artista que él.

»Entre tanto los mensajeros de malas noticias no se daban punto de reposo y llegaban uno tras otro: hasta que poseído verdaderamente de espanto se creyó en la necesidad de volver á Roma. En el camino, hubo de darle aliento un presagio frívolo y supersticioso; fué el bajo relieve de un monumento en que se veía á un caballero arrastrando de los cabellos á un galo vencido. A su vista saltó de gozo y elevó á los dioses acciones de gracias.

»En Roma no reunió al senado ni al pueblo, pero celebró consejo á la ligera con algunos de los principales ciudadanos convocados á palacio, y pasó el resto del día, ensayando delante de ellos nuevos instrumentos de música. Hízoles notar pieza á pieza su mecanismo y trabajo, asegurando que los llevaría al teatro «si Vindice se lo permitiera.»

»Cuando supo que Galba y los españoles se habían también sublevado, perdió enteramente todo aliento viril, se dejó caer en el suelo y estúvose así mucho tiempo como medio muerto. Dícese que al primer rumor del alzamiento quiso dar muerte á todos los gobernadores de provincias y jefes de los ejércitos, abandonando á los soldados el pillaje de las Galias; pasar á cuchillo á todos los desterrados y cuantos galos se encontraran en la capital; envenenar al senado en un festín; pegar fuego á Roma por sus cuatro costados y soltar al mismo tiempo las fieras sobre el pueblo para impedir que se defendieran contra las llamas.

»Desviado de estos proyectos por la misma imposibilidad de ejecutarlos, pensó al fin en combatir, pero sin preparar nada para una empresa seria, porque en naturaleza tan móvil, á la vez que feroz y afeminada, se sucedían rápidamente los sentimientos más contrarios. Al principio había querido matarlos á todos; luego destituir á los cónsules, tomar él mismo las fasces y pasar los Alpes. Proscribió á Vindice poniendo su cabeza á precio de 2.500.000 dracmas. A esto contestó Vindice: «Que me traigan la cabeza de Nerón y daré á cambio la mía.»

»Otras veces hablaba Nerón del poder é influjo que tenían su nombre, su cara, sus lágrimas. Iré, decía, iré y me presentaré desarmado á las legiones rebeldes. Mis cuitas las atraerán al arrepentimiento y entonaremos juntos un himno de victoria. Voy á componer ahora mismo ese canto» (1).

(1) No respondería de que hubiera en toda esta narración de Suetonio